

VIETNAM Y EL MUNDO

NO se alcanza a ver con facilidad el motivo que haya podido impulsar a los Estados Unidos a la trágica reanudación de los bombardeos sobre Vietnam del Norte, con más intensidad que nunca —lo cual ya es mucho decir— y en zonas que hasta ahora habían sido poco alcanzadas. No se han explicado bien. Los atroces bombardeos no sirven para aproximar la paz, naturalmente, sino más bien para alejarla. Ni para ganar la guerra: los millones de toneladas de explosivos lanzados desde el aire sobre Vietnam del Norte —y del Sur— durante estos últimos años, no han permitido a las tropas de Saigón ni a las de los Estados Unidos conseguir la iniciativa en las operaciones militares, como el bloqueo de los puertos no consiguió detener la ofensiva vietnamita.

ESTAN sirviendo, en cambio, para levantar una enorme ola de críticas a Nixon en su país y fuera de él. Dan aliento a la antigua sospecha de que el Presidente, que había prometido la paz en sus discursos electorales de 1968 y no la consiguió, ha vuelto a hacer la misma maniobra, más acentuada, fingiendo unos acuerdos y unas posibilidades de paz inminentes, para ganar las de 1972. Se lo ha dicho así en el Congreso un miembro de su propio partido, el republicano, y se lo están diciendo prácticamente todos los sectores de opinión mundial. Es algo poco fácil de creer. Hay muchos indicios de que Nixon creía él mismo que tenía la paz «al alcance de la mano», como había dicho Kissinger —muy prematuramente—, y que iba a gozar de ese prestigio de pacificador que se ha ido dificultosamente preparando. El mismo día en que se reanudaban los bombardeos, la Casa Blanca distribuía profusamente un libro dedicado a hacer un balance triunfalista de los cuatro primeros años de poder de Nixon, y en él se dedicaba parte muy principal a esta cuestión de la paz en Vietnam, que se daba como finalmente conseguida.

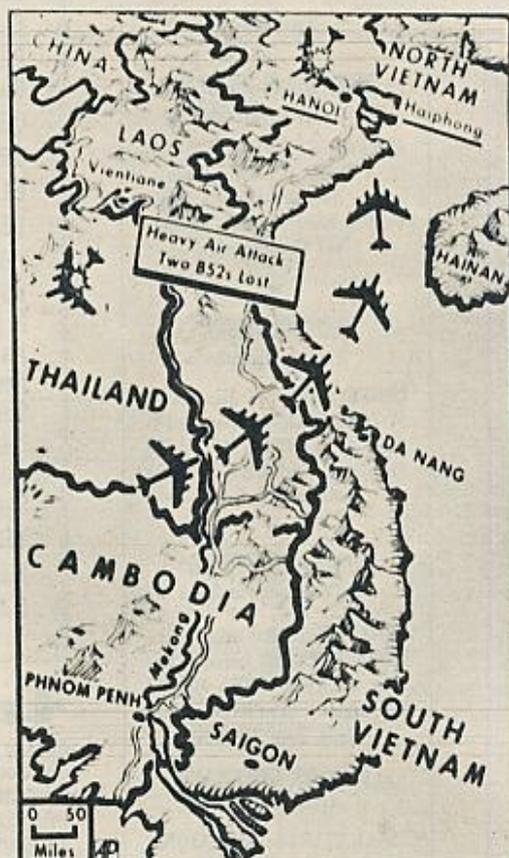
TAMPOCO se puede creer en el exceso de fuerza y preponderancia del Presidente Thieu y a su oposición a todos los planes de paz. Ha sido siempre un instrumento, y no hay por qué pensar que ha dejado de serlo en esta ocasión. ¿Pero un instrumento de quién? Podría verse que no lo es de Nixon, ni mucho menos de Kissinger. Es claro, inevitable, pensar una vez más en el dualismo —o más que dualismo— de la política en los Estados Unidos: en lo que se han llamado «gobiernos invisibles», grupos de presión, complejos de industria militar, bandadas de «halcones»... Hay muchas cosas para no olvidar en esta cuestión de los Estados Unidos y Vietnam. Por ejemplo, ¿que hubo un momento, hace nueve años, en que la paz en Vietnam estaba realmente al alcance de la mano?... La tuvo un Presidente de los Estados Unidos de manera indudablemente truculenta: el Presidente Ngo Din Diem, que se oponía como ahora Thieu, fue derribado violentamente del poder y asesinado. Pero ese Presidente, Kennedy, fue muerto a tiros precisamente unos días después, y la guerra de Vietnam se volvió más dura y más voraz de lo que había sido nunca.

HAY que establecer el hecho de que los Estados Unidos están viendo una guerra civil fría y lentísima desde hace muchos años —y el asesinato de Kennedy ha sido uno de sus puntos—, a la que solemos referirnos como una «crisis de sociedad», pero que no solamente atañe a la sociedad visible, a la de las manifestaciones y contramanifestaciones, ni a los temas esencialmente populares, sino que está presente en sus altas capas de poder. Las contradicciones y las contradicciones de la política de Estados Unidos obedecen, sobre todo, a esa división profunda de sus dirigentes; están por encima de los fenómenos electorales y de opinión pública y se manifiestan en casos como éste. Quizá Nixon no haya podido controlar ese movimiento regresivo, esa suspensión de las conversaciones de París —temporal— y esta oleada de bombardeos. Va en contra de su prestigio y de los intereses de su país, tal como él mismo lo ha anunciado.

EN este caso, los bombardeos tendrían un sentido: bombardearían no a Hanoi ni Vietnam, sino toda la política presidencial y del grupo al que llamaríamos pacifistas, al grupo de la negociación y la coexistencia, la apertura hacia la URSS y China. Los brutales bombardeos sobre Indochina tenderían a ser un acto irreversible, o la primera parte de otra serie de actos aún más avanzados en ese camino. Algo parecido a lo que fue el asesinato de Kennedy en noviembre de 1963, pero con mayor eficacia. No cabe duda de que en estos momentos, la desaparición de Nixon sería enormemente eficaz para ese tipo de fuerzas, porque elevaría al poder a un guerrero frío de primera magnitud, como es el vicepresidente Agnew —mucho más que lo fue Johnson en el momento de la muerte de Kennedy—, pero

la repetición de un acto de ese tipo podría provocar reacciones interiores imprevisibles. En cambio, un recrudecimiento de la guerra de Vietnam y una extensión de esta en el tiempo y en la intensidad, podrían ocasionar un retroceso en la «época de las negociaciones», aun con Nixon en el poder: una paralización de las conversaciones de limitación de armas estratégicas (SALT), que constituyen un profundo motivo de preocupación para el complejo militar industrial y para quienes, sin tener intereses directos, creen que esa paliada forma de desarme puede significar un desastre para el país; una suspensión o aplazamiento sin fecha de las conversaciones para la seguridad europea y, desde luego, una anulación de los planes de retirada de las tropas americanas en Europa. Y otra paralización en los planes de arreglo de Oriente Medio, a los que Nixon pensaba dedicar gran parte de su último cuatrienio presidencial, cuando tuviera las manos libres de la guerra de Vietnam.

QUIERE decirse con esto que el momento actual es específicamente peligroso, y no sólo para el conflicto de Vietnam en sí, sino para todos los jalones puestos en la construcción del futuro mundial. Lo que, en cambio, no quiere decir es que esas fuerzas vayan a prevalecer si no toman directa y claramente el poder en los Estados Unidos. Se ha avanzado ya mucho en el camino de la coexistencia como para que un salto atrás fuese rentable: en el sentido de que la nueva congelación de las relaciones internacionales no haría volver ya al mundo a su situación anterior, a ninguna de sus situaciones anteriores —ni



Los brutales bombardeos sobre Indochina tienden a ser un acto irreversible, o la primera parte de otra serie de actos aún más avanzados en el camino de la negación de toda apertura, negociación o coexistencia. (Sobre estas líneas, un gráfico alusivo a los últimos y masivos bombardeos americanos recrudecidos sobre Vietnam del Norte.)



Los millones de toneladas de explosivos lanzados sobre Vietnam del Norte —y del Sur— no han permitido a las tropas de Saigón ni a las de los Estados Unidos conseguir la iniciativa en las operaciones militares.

a la de Eisenhower, ni a la de Johnson—, sino que los países europeos no la aguantarían en su política actual económica y de imagen, ni China podría soportar un fraude que le ha costado, a su vez, otra guerra fría interior —el caso Lin Piao, la negación de la revolución cultural—; ni los mismos Estados Unidos podrían sufrir sin conmociones graves la pérdida total de las ilusiones.

DENTRO del sentido común —sentido que no es nada aconsejable, en general, para hacer previsiones políticas, que dependen de fuerzas muy distintas a las del simple raciocinio—, habría que considerar la nueva situación creada en Vietnam por la suspensión sin acuerdo de las negociaciones de París y el regreso de las fortalezas volantes, como un episodio de la lucha interior de los Estados Unidos. Este episodio debería saldarse con la prueba de la inutilidad del acto. Las primeras repercusiones mundiales han sido prácticamente unánimes en contra de la acción de los Estados Unidos en el mundo y dentro del país. La prueba principal sería la de la inutilidad de los bombardeos —porque ni los vietnamitas pueden en este caso hacer más concesiones en los posibles pactos, ni van a perder terreno efectivo en la guerra de su país— si fuese simplemente terminar la guerra por la fuerza lo que se pretendiera. Si lo que se pretende, como podemos sospechar muy legítimamente, es crear una nueva situación internacional, los resultados serán visiblemente catastróficos en poco tiempo. Como lo fueron ya tras la muerte de Kennedy y el principio de los bombardeos en el Norte.

LA reacción soviética —excepcionalmente importante en este caso— ha sido muy moderada. Se ha limitado a una declaración oficiosa de la Agencia Tass: «En los medios dirigentes de la URSS se examina muy seriamente la situación». Los chinos han sido más expresivos, porque están dentro de un lenguaje muy poco matizado y porque aún mantienen los restos de una imagen que no querrían reverdecir. En general, ni un país ni otro quieren cargar sobre Nixon la responsabilidad de lo que sucede, sino más bien fortalecerle y ayudarle frente a unas fuerzas interiores que en este momento le superan y que, sin duda, habrían barrido a McGovern por cualquier medio y con bastante facilidad si éste hubiese ganado las elecciones.

¿DESENLAZAR? El más probable: que en una fecha no muy lejana se suspendan los bombardeos y continúen las negociaciones de París. Buena o mala, no se ve otra solución. Pero no hay que excluir la posibilidad de que se aborde la no-solución, de que consigan dominar las fuerzas de los «halcones». El primer síntoma sería la destitución o el ostracismo de Kissinger y Nixon. Hay que creer más bien que Nixon está recibiendo una presión importante y sería para que se desprendiera de su consejero, en el cual ha encarnado el conjunto de ideas de paz y coexistencia.

Los Contem pora neos

COSAS DE NIÑOS

Alguien habrá dicho ya, algunos lo van a decir todavía, que el hombre, en las fechas navideñas, regresa a la infancia. Se dice siempre. Temo por algunos: si retroceden un poco más, pueden desnacer. El regreso "ad uterum", que dicen los freudianos. La sociedad se infantiliza. Yo a veces, a la hora de escribir —o a la de leer—, siento la tentación de expresarme con dolorosos vagidos. Y cuando avanzo en la noche por el tenebroso pasillo de mi casa antigua, temo que de una puerta puede surgir, amenazador, un abogado o un ruso. O un joven con su baba de drogadicto y su jeringa en la mano. O un ingeniero del gas de Barcelona, dispuesto a hacerlo saltar todo por los aires. Quizá un liberal. O un conductor con una copa de más. Tal vez un terrible asociacionista. Los personajes de este mismo pasillo, en la otra infancia, eran imaginarios: el lobo o el vampiro. En el fondo, aquel niño jugaba al miedo, se daba miedo a sí mismo con lo que sabía que no existía. (El lobo, finalmente, es un hermano.) Pero en esta nueva infancia, la aparición del abogado con su negra toga flotando al viento, la del ruso con su gorro de astracán —y los dientes de la Pasionaria!—, tratan de aparecer con otra realidad.

A la hora del recreo, en "Oliver", cuando nos destetamos con whisky, he preguntado a los otros niños qué les asusta más, si un ruso o un abogado. De esta "Gallup" sale una mayoría temerosa del abogado, y con razón: si nuestros mayores han tratado con los rusos y no han pactado con los abogados, es porque los abogados son mucho más peligrosos. "¡Tonto, si es que están más lejos! —dice otra voz infantil—. "Y como les hace falta visado, pues no pasa nada". Una niña de breve falda —tan mona— propone que se obligue a los abogados a pedir visado de entrada en el país, y si no quieren, que se queden en su lejana tierra, en la triste y fría Abogania. El listo explica: "Si eso es lo que pasa... A los malos no les han dejado entrar, y a los buenos sí. Pero los buenos lo que querían era ganarse ellos, y no que se los ganaran los otros". "Pues qué tonos", dice la niña. Y pide otro whisky.

Pero yo creo que no hay que tener miedo de los abogados. Son otros niños, como nosotros. ¡Y los rusos! ¿Es que los rusos no son niños también? Sí, pero niños malos. Ya que

andamos por las citas freudianas, recordemos lo que decía un discípulo de Freud —¿era Ferenczi?—: "En la vieja Rusia, la tradición quería que los niños, durante sus primeros meses, estuvieran estrechamente fajados, oprimidos, casi inmovilizados". Las mamuskas enrollaban bien al bebé con la larga faja, apretando un poco más a cada vuelta... El niño ruso así aprisionado comenzaba a sentir deseos de liberación, odio a sus mayores, que le sometían y le inmovilizaban; deseos de venganza... ¡Y cuando creció, hizo la revolución! Marx, Lenin, la I Internacional, el zarismo, Siberia, la Okrana, no eran más que pretextos. La verdad es que el niño ruso se había vuelto malo por culpa de la faja, que en castellano lleva el terrible nombre de "apretador" ("Especie de cotilla con la que se aprieta el cuerpo de los niños": Academia), lo cual podría ser también una explicación de los malos que han sido algunos españoles. ¿Quién sabe si algunas personas que pretenden ser decanos del Colegio de Abogados de Madrid, o miembros de su Junta Directiva no están en realidad superando la faja, el apretador de su infancia por tan tortuoso medio?

Lo que dijo Ferenczi —si fue Ferenczi quien en realidad lo dijo, que no me acuerdo—, valga todo lo más como imagen, como metáfora. Como divertida y extraña broma. Pero podemos devanar y apurar la dulce broma. Podemos imaginar que para que los niños no sean malos de mayores se les puede dejar el cuerpo suelto desde niños, y que se acostumbren a la libertad. Pero, esa ¿no sería una dudosa solución liberaloide o criptoliberal? Hay otra opción. Es más prudente. No quitarles jamás la cotilla. Dejarles con ella puesta, dando de cuando en cuando una vuelta más a la larga faja. Y que sean bebés hasta que se mueran de viejos. Y así no serán nunca malos, ni rusos, ni decanos del Colegio de Abogados de Madrid.

POZUELO